

ESCUELA PLURAL

Yo soy un decidido partidario de este eslogan que se está difundiendo: “España plural”. Si logramos interpretarlo con simpatía, aplicarlo con eficacia y sacarle todo el jugo que lleva dentro, la idea de España podrá ser más realista, coloreada, rica y fecunda que aquella mítica España “una, grande y libre” con la que trataron de ilusionarnos en nuestra adolescencia.

Pero la pluralidad no tiene por qué reservarse a España. Una Catalunya plural me parece también más rica, matizada e históricamente más completa que la Catalunya de unos u otros, la que se redujera a un partido u otro. El tripartito puede ser ya una incipiente escuela de pluralidad.

Estos días se intensifica el debate en torno a la sucesión del Dr. Carles a la cabeza de la diócesis de Barcelona. Algún amigo me pide mi opinión, como si yo fuera un experto. Si hubiera de darla, diría, aplicando la misma doctrina, que desearía que fuera un creyente capaz de respetar la pluralidad de la Iglesia y animar en una misma esperanza a los creyentes de diversos sectores y escuelas.

Por la misma lógica soy partidario de una escuela plural. Me he educado principalmente en la rama privada del sistema escolar y he sido profesor de la rama pública. Y en todas he encontrado buenos frutos.

Una de las cosas que más agradezco a mis padres es que se preocuparan siempre de encontrar una buena escuela para sus hijos. Su elección, a veces atrevida, se reveló con el tiempo afortunada. Recuerdo los pinos de la escuela Nelly en mi infancia. En el jardín nos enseñaban francés, inglés y religión. De mi aprovechamiento infantil en francés recuerdo un conejo blanco que me dieron de premio al terminar el curso y que se perdió bajo los pinos de un verano en Sitges.

Catalunya fue en los primeros decenios del siglo XX un animado laboratorio pedagógico, con importaciones provechosas. En el surco de una de ellas, la de la italiana doctora Maria Montessori, brotó la

semilla de una mutua escolar —una escuela propiedad de los padres—, Blanquerna, cuya dirección encargaron a un pedagogo de prestigio, Alexandre Galí. Después de un tiempo en una torre de la calle Provença pasamos a un gran edificio en la Via Augusta —el que ahora es el instituto Menéndez Pelayo—. Los ilusionados escolares llenábamos páginas de letra inglesa con prometedora caligrafía que decía: “Escola nova, escola nova, escola nova”. Era nueva en efecto la escuela, de cariz liberal, catalanista y católico, y en torno del señor Galí un buen equipo de profesores y profesoras —¡añoradas “senyoretetes”!— nos acompañaban en nuestro crecimiento. Con un premio de redacción —un cuento infantil sobre las aventuras de una gota de agua— a mí me animaron a pensar que podía escribir. Con la Guerra Civil muchos padres se dispersaron a su pesar, pero la escuela continuó bajo la tutela de la Generalitat y lo último que leyó a los alumnos el señor Galí antes de cerrar la escuela fueron unas páginas insólitas: el Evangelio.

Nos habíamos quedado sin escuela y nuestros padres volvieron a buscar la mejor aula que encontraran a su alcance. Esta vez fue el colegio de San Ignacio, de los jesuitas, en Sarrià. La pedagogía no era la de la doctora Montessori, sino el tradicional Ratio Studiorum ignaciano. El latín era la gran lengua formativa. Un joven jesuita — en su etapa de “maestrillo”—, José Feliu, fue nuestro inolvidable maestro en latín y en literatura, y un día, después de leer nuestros trabajos, anunció al curso que entre nosotros había un poeta, descubrimiento que naturalmente me llenó de gratitud.

Al final acabamos siendo lo que nuestros profesores intuyeron que podíamos ser. El desarrollo posterior tiene aspectos inesperados, como en mi caso que el alumno llegue a convertirse en profesor de algo que no ha aprendido en las aulas, como me ocurrió a mí primero por contrato y después en las oposiciones que me hicieron catedrático de Periodismo. De las tres universidades públicas que he conocido —la de Barcelona, la Autònoma y la Pompeu Fabra— tengo el mejor recuerdo, y también de la facultad Blanquerna, privada, en la que también colaboro. Lo público y lo privado, en provechosa pluralidad, pueden convivir en la sociedad, como en la memoria de quien haya pasado por ellas.

Quizá el mejor testimonio es que los antiguos compañeros de curso se sigan reuniendo. Los de Blanquerna formamos una asociación junto con nuestros profesores, y por lo menos una vez al año nos reunimos en los acogedores jardines de una compañera. Los supervivientes de nuestro curso en los jesuitas nos reunimos también el primer jueves de cada mes en el vestíbulo silencioso de un hotel. Pocos años dejan tanta huella como los que pasamos creciendo silenciosamente en los bancos de una escuela. Por eso la mejor escuela es aquella en que se aprende a convivir. Y las que saben convivir entre ellas.

Lorenzo Gomis, *La Vanguardia*, 2 de febrero de 2004

¿QUÉ HACER CON LA NAVIDAD?

Desde hace años nuestras Navidades suelen transcurrir en un clima donde se mezcla un fondo de añoranza con una forma de despilfarro consumista. Añoranza porque, si algo pudo tener la Navidad bueno para todo el mundo, era esto: es “la fiesta de lo Humano”. De la calidad de lo humano. Este significado valía para creyentes y no creyentes, aunque luego lo explicaran de modos diversos.

Pero si algo caracteriza culturalmente hablando a nuestras celebraciones navideñas actuales parece ser la falta de calidad humana. De ahí la añoranza que dejan a veces y que, personalmente, creo que, cuando se da, es lo único que queda de cristiano en nuestras Navidades. Intentaré explicar por qué.

En su origen, la Navidad alcanzó esa enorme popularidad de que ha gozado porque transmitía un mensaje de que hay algo divino en lo cotidiano. Sin remontarnos ahora a disquisiciones teológicas sutiles, ese mensaje se expresaba popularmente en las letras de muchos villancicos: la Virgen que está lavando y tendiendo (la pureza en la prosa) o Dios entre un buey y una mula, o José que “encèn allà un gran foc i els angels canten”. Esta conjunción de lo divino y lo cotidiano era anuncio de una buenísima noticia: “Ha aparecido la humanidad y la jovialidad de nuestro Dios”. Por eso se añadía con frecuencia, en muchos villancicos, una invitación a descubrir ese regalo: “Venid”, “vamos a ver”, “asómate a la ventana”...

Este descubrimiento de la divinidad de lo humano tiene cierto carácter de revelación y por eso debe ser breve. Incompatible con que, ya a primeros de noviembre, el Corte Inglés ponga grandes carteles de “Buenas fiestas” que sólo quieren significar “buenas ventas”. Por eso, en la forma actual de las Navidades late cierta añoranza de aquella experiencia porque, hoy, por muchos villancicos que cantemos, el mensaje está falsificado: ahora se nos dice que hay algo divino en el consumo desenfrenado. Y la invitación (convertida ahora en imperativo categórico) no es que vayamos a alguna cueva, sino que vayamos a los grandes almacenes o a algún Portal de Internet, donde se podrá comprar más cómodamente.

Con frecuencia, por eso, las Navidades dejan un cierto regusto de malestar y añoranza. Y aun eso, sólo allí donde queda una cierta conciencia humana no averiada que sigue añorando ese valor divino de lo humano.

Porque el mensaje de la Navidad, en su sencillez aparente, no dejaba de tener sus precios que pagar. La falta de hospedaje sigue siendo dura, la cueva sigue siendo cueva, el parto sigue siendo parto... y, en definitiva, al día siguiente de la venida de Dios a este mundo, la liturgia cristiana conmemora al primer mártir de su historia (san Esteban), apedreado por su palabra libre y sus críticas al sistema religioso. Y tres días después del Nacimiento celebrará el asesinato de todos los inocentes, que sigue siendo un rasgo horrible de este mundo visitado por Dios: los innumerables inocentes víctimas de la pasión de los poderosos o de la avaricia de los muy ricos. Parece entonces como si, al entrar Dios en la historia, ésta no cambiara ni se convirtiera en un cuento de hadas, sino que sigue siendo la dura y cruel historia de siempre.

Y sin embargo la historia sí que está cambiada: porque, después de haber convivido con Aquél que nació en Belén hace veinte siglos, los suyos enseñaban: si nos amamos bien entre nosotros, le amamos a Él. Porque Dios se hizo hombre para que le busquemos entre los hombres y no en los templos: que éstos podrán ser necesarios para nosotros, pero no lo son para Él.

Y el domingo siguiente a la Navidad, la liturgia celebra como fiesta “la sacralidad de la familia”, concretada en una familia pobre, de una ciudad ignota, que nunca fue celebrada por la belleza de sus

miembros ni la suntuosidad de sus moradas ni la altura social de sus componentes: una familia históricamente anónima. Pero en la que parece ser que hubo esa entrañabilidad y ese respeto en la intimidad que todos los seres humanos añorarían para sus familias. Otra vez la intuición de la sacralidad de lo entrañablemente humano. Que es lo ausente de nuestras Navidades.

Al perder su verdadero sentido, el legado de nuestras Navidades ya no parece ser la Paz, sino el frenesí o el desenfreno. Y al final, acabamos deseando que se acaben pronto, para volver a lo cotidiano. Huelga decir que, en este contexto, los lenguajes ya específicamente religiosos de “Encarnación” o de venida de Dios a esta tierra y a esta historia, acaban sonando a puros mitos vacíos.

¿Qué hacer en esta situación? Me pregunto seriamente si la Iglesia, que antaño supo cristianizar una fiesta pagana de nacimiento del sol, no debería hoy proceder al revés. Desapareciendo de toda esa parafernalia falsificadora de la Navidad y recomendando a sus fieles (no mandando, porque esto hoy no sirve para nada) que precisamente en estos días busquen con fuerza una desaparición de toda esa publicidad callejera, una marcha hacia la interioridad y una huelga solemne de consumo que acabe obligando a los que “nos venden la moto” a montarnos las cosas de otra manera más humana y menos aparente.

Seguramente no se conseguirá nada. Pero queda el consuelo de la máxima latina: “In magnis voluisse satis est”. En las cosas grandes ya es algo haberlas intentado.

J.I. González Faus, *La Vanguardia*, 24 de diciembre de 2003

En un viaje por la provincia de Huesca, detrás de unos viejos maestros freinetianos de los años treinta (¡del siglo XX!) en Barbastro, los mayores del lugar me hablaron de un tal Wladimiro, maestro también excepcional, que enviaba las cartas a sus amigos sin la dirección postal, sólo con la caricatura del destinatario en el sobre, y llegaban siempre. De él me dieron un viejo recorte de periódico en el que alguien que gozó de su escuela escribía con ocasión de su muerte. Ese recorte es el que aquí se reproduce.

LA SENDA DEL CONOCIMIENTO

¿DON Wladimiro? ¡Pues claro que lo recuerdo! No diré yo que sea el mío un recuerdo nítido. Es un recuerdo anecdótico, de momentos que te quedan de la infancia, como golpes de flash que iluminan determinados instantes con una luz cegadora y dejan el resto en penumbras. Don Wladimiro me daba clases, que entonces se llamaban «de repaso», en los años agrícolos de la guerra. La escuela era un cascarón de nuez, todas las chicas arriba, todos los chicos abajo. Yo iba con las chicas, con doña Pilar, que era la maestra, y allí aprendía a escribir al dictado, algo de cuentas, caligrafía, dibujo geométrico y del otro y bordaba en cañamazo un abecedario entrelazado de flores, cruces, cipreses, celestines corderos. Y, debajo, en cordoncillo, lo hizo Fulanita de Tal, en la Escuela de Salda de Pallars, año 1937. Pero mi padre era un hombre muy tocado por la enseñanza, un verdadero maníaco de la cultura, y así redondeaba mis conocimientos con don Wladimiro. Cuando mis compañeras bajaban en tropel las pinas escaleras del primer piso y se largaban chillando corredor adelante hacia la calle, yo empujaba la puerta de la clase de los chicos y seguía debiendo tardaría una horita más. Don Wladimiro tenía un nombre distinto, superior de hazañas centroeuropeas. Le recuerdo un pelo liso, muy negro y brillante, unas ojos húmedos y oscuros, un color de tez oliváceo, una nariz algo curvada, una leve cojera. También le recuerdo delgado, siempre en movimiento, una pizca impaciente, gran amante de la sinopsis y de los subrayados en diversos tintas, de la física experimental, del curso de los astras, de la zoología y la botánica. Es posible que yerre en algunos de estos detalles —¡hace de eso tantos años!—, pero no me parece que, en conjunto, sea infiel a lo sustancial. Don Wladimiro no es fácil de olvidar.

Le teníamos por gran dibujante. Mis cuadernos de análisis gramatical y de álgebra estaban plagados de insectos, mariposas, roncillos, árboles fabricados por él según procedimientos verdaderamente originales. Don Wladimiro usaba pluma estilográfica y las estilográficas de entonces —de eso sí se acordarán ustedes— no eran un

DEL PAIS y de SU GENTE

prodigio de funcionamiento. Cuando la tinta remoloneaba para llegar hasta el plumín había que sacudirlos dos, tres veces y no era raro que un goterón de tinta, o varios, se desperdiciaran por la blanca superficie rayada del cuaderno. Cuando eso sucedía don Wladimiro dejaba secar las gotas y luego, con habilísimo ingenio, encajaba palas, alas, colas, orejas minúsculas y el cuaderno se convertía en una reserva mágica de animales y de sueños, mínimas historias naturales, fábulas liliputienses, pozos para la imaginación entre sujetos y complementos directos, entre ardeces decimales y situaciones. Sinceramente creo que fue don Wladimiro quien me inició en el ensueño, ese salto mortal. También con él me aficioné a la geografía y por las tardes de verano, en el último piso del caserón familiar, organizaba con mis hermanos ajetreados periplos a través de un mapa de alegres colores que delimitaban fronteras sin rigencia, con el imperio austro-húngaro de antes de la primera guerra mundial. Era aquél, ya entonces, un mapa muy viejo.

En la cuestión de la física también tenía don Wladimiro métodos originales. Anadaba, por ejemplo, explicándonos las propiedades de la electricidad y de su conductibilidad. La madera es mala conductora, decía. Con la punta del bastón —por que usaba bastón, ahora lo recuerdo— tocaba uno de los hilos del tendido eléctrico que cruzaba frente al despeinado jardincillo de la escuela, allí donde la protección deteriorada dejaba ver el alma de cobre. ¿Véis?, no sucede nada. Ahora cambio el bastón por una varilla de hierro. Antes de apoyar la varilla en el cable, don Wladimiro nos hacía formar una especie de ronda, como una danza de la muerte, él a la cabeza y cualquier desgraciado en la cola. Tocaba el cable con la varilla e, inmediatamente, se oía un aullido y el desgraciado de la cola se saltaba, y entonces se oía otro aullido, y lue-

go otro, y luego otro. Y así todos acabamos aprendiendo que, efectivamente, la madera es mala conductora y el hierro excelentísimo conductor de la electricidad. Me objetara alguno de ustedes que el procedimiento regulaba quizás un poco bárbaro, pero la electricidad de entonces no era como la de ahora; era una electricidad flojita, que daba una luz amarillenta y titubeante, todavía con nostalgias de quinqué.

No todo eran rosas con don Wladimiro, que era un preceptor de la vieja escuela, aquella que postulaba «la letra, con sangre entra». Cuando sus límites de paciencia quedaban rebasados nos hacía tender la mano, la palma hacia arriba, y nos arreaba con el travesaño desprendido de una tapadera de pupitre; en manos de don Wladimiro era un cetro formidable. A los estrazos de don Wladimiro los chicos del pueblo los llamaban abuscalidades. Acabando la guerra, don Wladimiro marchó a Aragón, de donde creo que era originario, pero de algún modo siguió en contacto con sus antiguos alumnos.

Porque ahora, al cabo de treinta años, un casi olvidado condiscípulo me escribe que el domingo próximo van a hacerle en Salda de Pallars un homenaje a don Wladimiro. Irán todos los chicos de aquella promoción con sus esposas respectivas y habrá misa cantada, aperitivo con pasadoble y comida en casa Graciela; a don Wladimiro lo jubilan. Me preguntan en la carta si me acuerdo de él, y de sus abuscalidades, y del excelente profesor que fue. Yo no puedo saber, en verdad, si don Wladimiro ha sido o no un buen profesor; fue algo más difícil, un buen maestro, y de esto sí que estoy segura. Un buen maestro es el hombre que te marca, que te desvela la curiosidad, que te abre puertas, no sólo hacia la ciencia, sino también hacia el sueño. Es alguien a quien aún recuerdas después de treinta años; alguien ante quien te sientes siempre deudor y un poco niño.

Apenas acabe estas líneas emprenderé viaje. Me voy a Salda a rendir homenaje a don Wladimiro Salinas, mi viejo maestro; a sumergirme con él en los recuerdos de nuestro pretérito gozoso cuando de su mano, a veces ¡ay! tan enérgica, empecé a recorrer la senda áspera y apasionante del conocimiento.

María Dolores SERRANO

LAS CIFRAS DE LAS LETRAS

Mucha gente en el mundo es capaz de hablar inglés. El resto lo intenta. Gracias a ese resto, el idioma se ha convertido en una fuente de ingresos para los británicos comparable a las rentas del petróleo. Solemos considerar las lenguas como cosa del espíritu y la cultura; sin embargo, hace ya algún tiempo que son poderosas materias primas para industrias propias de nuestros días.

El pasmoso desarrollo experimentado por los medios de comunicación en pocos años y las necesidades de entenderse en un mundo cada vez más internacionalizado, han dotado a los idiomas de unos valores económicos desconocidos hace un par de generaciones y viceversa, infinidad de actividades han visto cómo la lengua multiplicaba sus posibilidades mercantiles. Es razonable suponer que en las sociedades posindustriales donde los servicios y las comunicaciones van incrementando su peso frente a las fuentes clásicas de producción, el valor económico de la lengua se multiplique. En un artículo publicado en la revista *Tizne* hace ahora tres años Ronald Buchanan decía “language is money”, pero no refiriéndose al inglés, sino al español como lengua ventajosa ante las perspectivas comerciales de Hispanoamérica, Brasil y los propios Estados Unidos. Ahora que se ha abierto en España el debate sobre lo bien que van a aprender inglés nuestros escolares desde su más tierna infancia— una pretensión benéfica—, bueno será saber dónde está y lo que vale la lengua común de todos ellos.

El español ofrece un capital interesante. Si en su futuro europeo, empezando por España, se prevé nubosidad variable, en su futuro americano se prevén cielos más despejados, los previstos asimismo para su instalación internacional: en el año 2030, según el *Británica World Data*, el 7,5% de la población mundial podrá comunicarse en español, porcentaje muy superior al esperable para el francés (1,4%), el ruso (2,2%), el árabe (4,6%), el japonés (1,4%) o el alemán (1,2%). Como GLM (Grupo de Lengua Materna), sólo lo superará el chino. Esto tendrá importantes consecuencias económicas algunas de las cuales ya se adivinan: en 1992, la publicidad de empresas privadas emitida en español, sólo ella, generó unos beneficios mundiales de 15.000 millones de dólares. Ese mismo año en

España, las industrias culturales asociadas a la lengua supusieron el 3% del PIB. La tendencia se ha incrementado: entre 1995 y 2004 el porcentaje del PIB vinculado a la lengua española —no sólo en materia cultural— ha pasado en España del 14,2% al 15%. En el sector industrial, el coeficiente de lengua española ha pasado en el mismo periodo del 8,4% al 9,2%. La rama que más contribuye al incremento, no por casualidad, es la de servicios: publicidad, edición, administración, transportes y comunicaciones

Sin embargo, las cifras españolas se quedan pequeñas si se comparan con las que ofrece Estados Unidos, que es un caso paradójico: siendo, por ahora, el quinto país en número de hispanohablantes, casi todos capaces de expresarse igualmente —e incluso mejor— en inglés, triplica las ganancias peninsulares asociadas a la valoración económica de la lengua. No sólo es el estadounidense el ámbito que mas y mejor negocia en lengua española, sino que él solo produce más que todos los países hispanohablantes juntos. El hecho de que en determinadas ciudades, como ocurre en Los Ángeles, las cadenas que emiten en español sean las que más audiencia tienen entre la población joven ha propiciado el desembarco de empresas de comunicación tradicionalmente anglohablantes en el mercado que se expresa en español. Son estrategias de mercado a largo plazo: si las tendencias migratorias no varían radicalmente, se calcula que en el año 2050 Estados Unidos será el primer país hispanohablante del mundo. Entiendo que esto inquiete, incluso alarme, a muchos anglohablantes de Estados Unidos, pero todo indica que la instalación del español norteamericano persiste.

Si no conviene ser ingenuamente optimistas, las perspectivas no son malas. Es previsible que en el mundo global haya pocos grupos de comunicación o de negocio económico-lingüístico y que éstos se expresen, fundamentalmente, en inglés, conque bueno será aprenderlo. Pero el español tiene una circulación económica propia europeo-americana, de cierta entidad y previsible desarrollo, suficiente como para mantener empresas fuertes e iniciativas industriales que aprovechen las ventajas que se les ofrecen.

Sin hacer gran cosa por lograrlo, el español se ha convertido a comienzos del siglo XXI en un material estratégico de primer orden para la sociedad de la comunicación que se avecina. Pero ¿sabremos

aprovechar esta circunstancia favorable? Un problema que yo veo, entre otros, es que en España, y a su modo en Hispanoamérica, se ha situado el debate en torno al valor de las lenguas en cuestiones propias del relativismo cultural, el multiculturalismo y la ecología lingüística, cuestiones absolutamente irrelevantes para las necesidades del mañana, mientras que factores como el económico, comunicativo, industrial o empresarial, que sin duda decidirán la suerte de las lenguas en el futuro, apenas se consideran. En lo que respecta a cuestiones sustantivas del español, tiene toda la razón Ronald Buchanan: “Language is money”. Hace bien en decirlo en inglés porque, si todo se desarrolla como es de esperar, buena porción de los dineros que produzca el español tendrá “USA copyright” y los anglohablantes nos cobrarán por usar novedades que ellos producirán en español. En este sentido, conviene entender dos hechos: primero, estamos en la hora industrial del español (en realidad llevamos algún tiempo en ella, pero toda insistencia en este hecho es poca); segundo, es importante que los centros de decisión política entiendan la circunstancia y, asimismo, entiendan que la lengua española, al aglutinar a una de las escasas comunidades lingüísticas multinacionales que hay en el mundo, supone un bien económico de primer orden—si no el primero de todos—para que los países hispanohablantes se integren exitosamente en la sociedad de la información y comunicación que se avecina; una sociedad que cada día tendrá más peso. Algunos se han referido al español como nuestro “petróleo” particular. Efectivamente lo es: un petróleo de palabras. Una fuente de riqueza que cada vez contará más en la sociedad del futuro. Bien está que nuestros escolares aprendan inglés, por lo menos tan medianamente como aprenden español; sin embargo, y como dice el proverbio la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Juan R. Lodaes, *EL País*, 28 de febrero de 2004

Para pensar.

Este articulillo que sigue debería comenzar con la lectura de las últimas líneas: “No se lo tome personalmente. No digo que a

usted le está pasando eso, tan sólo le pido que acepte que eso puede pasar y que, por lo tanto, a alguien le puede estar pasando”. *Descartes ya lo vio con la hipótesis del genio maligno (“Meditación Primera” de las Meditaciones Metafísicas)* y Hilary Putnam, más recientemente, con la hipótesis de “Cerebros en una cubeta”(H. PUTNAM, *Razón, verdad e historia*, Tecnos, Madrid 1981, 15-33). Para pensar.

POR SI ACASO DESCONFÍE DE MATRIX

Cuando vi Matrix lo entendí. Ya saben, Matrix, la película que presenta un mundo de máquinas inteligentes que cultivan seres humanos en tubos de ensayo con el fin de servirse de la energía que producen. Esos millones de humanos tienen sus mentes conectadas a un programa de computador que les hace creer que viven una vida real aunque la verdad es que sólo viven una vida simulada por el programa. Ese programa es Matrix, y mantiene a los humanos bajo el control de las máquinas inteligentes. Cuando entendí esto también entendí que podía ser Matrix, o algo parecido, quien, o lo que, está detrás de los grandes engaños de que últimamente venimos siendo víctimas los habitantes del mundo —¿tengo que citarlos?—. Si es Matrix quien los genera, entonces, los que los difunden, aunque parezcan humanos, puede que sólo sean programas especiales creados con ese fin —como ocurre con los “agentes” del Matrix de la película—.

Entiendo que se sorprendan. No es fácil aceptar la idea de que un computador dotado del programa adecuado, puede ser capaz de replicar los procesos que tienen lugar en el cerebro hasta el punto de que un humano conectado a ese programa no pueda distinguir entre sus propias experiencias subjetivas y las que le induce el computador. Esta idea no es fácil de aceptar, pero no porque sea disparatada, sino porque, como las ideas de Copérnico o de Darwin, nos hace sentirnos aún más lejos de ser el centro del universo, algo que desde el Renacimiento nos gusta tanto. Pese a todo, esa idea es posible.

No les cansaré con fórmulas y números Baste decir que el poder de computación que se requiere para emular el funcionamiento de todas las sinapsis de las neuronas de un cerebro humano está entre diez elevado a dieciséis y diez elevado a diecisiete operaciones por

segundo. Para simular la historia de todos los humanos vivos y muertos, un computador necesitarla realizar entre diez elevado a treinta y tres y diez elevado a treinta y seis operaciones por segundo. Pues bien, con las nanotecnologías hoy disponibles, un computador del tamaño de la Luna podría realizar diez elevado a cuarenta y dos operaciones por segundo y simular desahogadamente toda la historia de la humanidad.

¡Pero eso no puede hacerse hoy!, dirá alguien. Cierto. Ahora bien, si civilizaciones posteriores a la nuestra llegan a desarrollar la capacidad de computación necesaria para hacer funcionar una simulación de la vida de sus antepasados con suficiente precisión para que un cerebro conectado a esa simulación no distinga entre ella y sus propias experiencias subjetivas, ¿quién nos dice que nosotros no estamos viviendo en esa simulación? Lo siento, pero si usted acepta que existe una probabilidad seria de que civilizaciones futuras puedan llegar a hacer funcionar una simulación perfecta de nuestras vidas, no puede estar seguro de que —como en la película *Matrix*— no estemos viviendo en un tiempo distinto al que creemos vivir y de que usted mismo, en vez de vivir de verdad, no esté viviendo en esa simulación ejecutada por nuestros descendientes. No se lo tome personalmente. No digo que a usted le está pasando eso, tan sólo le pido que acepte que eso puede pasar y que, por lo tanto, a alguien le puede estar pasando.

Carlos Alonso Zaldívar, *El País*, 19 de febrero de 2004

¿QUÉ ES PENSAR?

1. Pensar es una forma personal de estar ante la realidad, resultado de ejercicios que crean un hábito. No es un instinto natural, que se despliega por sí mismo. Nacemos para pensar, pero hay que aprender a pensar. Pensar exige sabores, pero va más allá del mero saber; reclama acciones y actitudes, ejercitación y duración.

2. Pensar es algo más que aprender y que saber. Es la capacidad para estar ante la realidad como realidad -y no solo como estímulo-, como contenido de sentido, exigencia y posibilidad para la persona, que así se convierte en actora y responsable.

3. Pensar es fruto de un aprendizaje, de un ejercicio que se logra por el contacto con los maestros del pensar. Hay maestros de pensamiento, de acción y de santidad. *Denkemeister*, *Lesemeister* y *Lebemeister*. No valen los autodidactas geniales, porque no se puede inventar el mundo. Un individuo, por genial que sea, no puede recoger en su corta vida toda la historia del pensamiento, descubrimiento y creación humanos, que han durado siglos y siglos. De jóvenes se tienen más saberes; de mayores, más pensares.

4. Pensar requiere tiempo, sosiego, esfuerzo, libertad, amor. Quien no aporta esos empeños en su vida diaria no aprende a pensar y, si lo hubiere aprendido, lo olvidará. Quien luego habla sin pensar, sin ateniéndose a la realidad, inmersión en sus contenidos e integración en el resto de realidades, ese hablará de memoria, de rutina y de superficie. Y a eso suenan muchas palabras nuestras, hechas de tópicos, retazos, alusiones vulgares y moralización fácil. La vibración de la palabra en cada persona revela quién es, y qué alma hay puesta en ella. Nuestras predicaciones raras veces son palabra viva, y casi siempre son voces que se encadenan sin dinamización de fondo que las anime y haga transparentes.

5. Pensar se alimenta con tiempos de lectura, tiempos de reflexión en silencio y soledad, tiempos de comunicación intelectual con el prójimo, tiempos de confrontación con los hechos y de evaluación de los resultados. Pensar antes que una técnica es una actitud de mirada, un sosiego de alma, una penetración en las cosas más allá de la superficie, queriendo dejarse agarrar por el ser que las anima a ellas y nos anima a nosotros. Ser, que es todas las cosas y alma que es *quodammodo omnia*. Ser, que para nosotros es la presencia animadora e iluminadora del Verbo, que es vida y luz de los hombres y que, viniendo a este mundo, alumbra a todo hombre. Actitud teórica, contemplativa, gratuita, diorática.

6. Pensar es, por tanto, un acto y un hábito, una forma de vida y de relación con las cosas. Quien así piensa tiene sentido de la complejidad, vive nutrido a la vez que desasosegado por la inmensidad del Misterio, por el enigma de la vida humana, por los designios de Dios, por lo insondable de la propia historia. Quien así vive atenido y admirado, adorador y contemplativo, ese tiene una palabra sosegada y libre, parca pero verdadera. Y cuando no tenga palabra, por

no poder tenerla razonadamente, tendrá un silencio, que será entonces más elocuente que muchos discursos. Tal pensar es como una fuente de la que manan incesantes la libertad y la paz. Tal pensar es ya casi una oración. Tal atención es una espera fraterna de las virtudes teologales de la fe y esperanza.

7. Pensar para alguien como nosotros es integrar la realidad en la revelación y la revelación en la realidad. Mirar el mundo desde Dios y a Dios desde el mundo. Dios es el encarnado resucitado; y el hombre es el creado y llamado a la divinización. Solo quien mira así la realidad supera las dicotomías, aun cuando muchas veces no pueda tener una respuesta fácil para los problemas. Las breves palabras meditativas y reflexivas nacidas del propio fondo son más fecundas que los discursos prefabricados y las respuestas tomadas de un manual.

Olegario González de Cardedal, *Educación y educadores*, PPC, Madrid 2004, 239-241.

Si Solzhenitsin molesta, si indigna, es porque ataca al punto sensible de los intelectuales occidentales: el punto del engaño. Si reconocéis el gran GULAG, ¿por qué vuestra virtuosa indignación sólo tiene en cuenta a los pequeños gulagui? Los campos son campos, sean pardos o rojos. (Raymond Aron)

He aquí la segunda frase de *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* de Robert Conquest:

Quizá podríamos poner en su justa perspectiva el presente caso diciendo que se perdieron veinte vidas, no por cada palabra, sino por cada letra que hay en este libro.

Esta frase representa 2.700 vidas. El libro tiene 411 páginas.

“Comían boñigas de caballo, entre otras cosas porque solían contener granos de trigo enteros” (1.540 vidas). “Oleska Voitrijovski salvó su vida y la de su familia comiendo carne de caballos que habían muerto de muermo y otras enfermedades en la cooperativa² (2.640 vidas). Conquest cita un pasaje de *Forever Flowing*, la versión inglesa de *Vsie techiet*, la novela ensayístico-documental de

Vassili Grossman: “Y las caras de los niños estaban avejentadas, atormentadas, como si tuvieran setenta años. Y al llegar la primavera ya no tenían cara. Más bien tenían cabeza como de pájaro, con pico, o cabeza de rana —boca grande de labios delgados—, y algunos parecían peces, con la boca abierta” (4.440 vidas). Grossman prosigue:

En una choza estallaba algo parecido a una guerra. Todos se vigilaban estrechamente [...] La esposa se ponía contra el marido y el marido contra la esposa. La madre odiaba a los hijos. Y en otra choza el amor se mantenía puro y sin mancha hasta el final. Conocí a una mujer que tenía cuatro hijos. Les contaba cuentos de hadas y leyendas para que se olvidaran del hambre. Apenas podía mover la lengua, pero los llevaba en brazos aunque apenas tenía fuerzas para levantar los brazos solos. El amor seguía viviendo dentro de ella. Y todos se daban cuenta de que donde había odio la gente se moría más aprisa. Pero el amor no salvó a nadie. Murieron todos los de la aldea, desde el primero hasta el último. No quedó en ella ningún vestigio de vida.

Así pues, 11.580 vidas. El canibalismo era una práctica extendida y en general se castigaba. No a todos aquellos desdichados antropófagos les aplicaron la pena máxima. A fines de los años treinta había aún 325 antropófagos de Ucrania cumpliendo cadena perpetua en campos de trabajo bálticos.

El hambre era un hambre impuesta: se quitaba la comida a los campesinos. El 11 de junio de 1933, el periódico ucraniano *Visti* felicitó a un “despierto” agente de la policía política por desenmascarar y detener a un “saboteador fascista” que había escondido pan en un agujero tapado con un puñado de tréboles. La palabra *fascista*. Ciento sesenta vidas.

En estas páginas, preposiciones inocentes como *en* y *para* representan el asesinato de seis o siete familias numerosas. Sólo hay un libro sobre este tema: el de Conquest. Y tiene, repito, 411 páginas en la edición original inglesa.

Martin Amis, *Koba el Temible*, Anagrama, Barcelona 2004

El terror soviético contabilizado con letras.

Ahora otro, vivido. Dos voluntarios con experiencia de muchos años en la India, han reunido nueve mil euros para poner en marcha un dispensario en Uganda. Se marcharon hace unas semanas y escriben ahora a María que partirá en unos días:

Hola corazón, cómo vas con los exámenes, espero que estés lo más centrada posible, que ya me imagino que es difícil. Bueno, por aquí todo bien, estamos en Gulu, al norte del país, la situación es realmente muy fuerte, mucha gente viviendo en campos de refugiados porque la guerrilla les mata y secuestra a niños por la noche, aunque últimamente, nos han dicho que han empezado a atacar por el día también; los niños vienen a dormir desde sus pueblos a Gulu y por la noche caminas y te encuentras con niños y más niños caminando y durmiendo en la calle; nosotros en la ciudad estamos seguros, ayer fuimos con un misionero español, que lleva aquí 15 años a ver un dispensario que acaban de abrir, donde atienden a un montón de gente que camina hasta 20 km para llegar, y nos contó que se mueren muchísimos niños de malaria y que el sida tiene un 15% de infectados; nos contó que ha hecho de intermediario con la guerrilla, que le secuestraron y que el gobierno no les ayuda y las organizaciones internacionales, que hay muchas, cuando se pone la cosa fea se van. Te puedes imaginar que los dos nos queremos quedar aquí trabajando y estamos mirando posibilidades, pero las organizaciones grandes no nos cogen y el misionero tampoco, así que mañana vamos a visitar un campo con Save the Children y si no conseguimos nada nos iremos, porque no sabes lo que es estar aquí viendo todo lo que pasa y no poder hacer nada, ayer me pasé llorando medio día de frustración y de sentirme tan inútil. Bueno que te echo de menos y a Sonia también y que si Dios quiere espero encontrar mi sitio pronto. Creo que Uganda no me quiere. Besos.